

Hace mucho tiempo que nuestro corazón, que todo lo bueno lo quisiera para Teresa de Jesús, ambicionaba la dicha que estos días (loado sea Dios) acaba de conseguir. Conocíamos nosotros, como las reconocen todos, las aventajadas cualidades de la pluma del sabio y celosísimo Prelado bajo cuyos auspicios se publica esta **Revista**; y si bien es cierto que la consideración de lo muy atareado que le tienen otros más graves y trascendentales negocios debía ser parte para cortar las alas a nuestros deseos, por grandes y atrevidos que ellos fuesen, sin embargo (ved hasta dónde nos lleva nuestro amor a Teresa) aún así, sabe Dios que en secreto anhelábamos con vivas ansias que la pluma a que arriba nos referimos, viniese a ilustrar y enriquecer nuestra **Revista** con sus sabios y fundamentales escritos. Figúrense, pues, los lectores nuestra indecible alegría cuando hemos recibido, no uno, sino una serie de preciosos artículos con destino a publicarse en nuestra humilde **Revista**, suscritos por nuestro amadísimo y teresiano Prelado, el Sr. Dr. D. Benito Vilamitjana y Vila. He aquí cómo se va realizando un deseo secretamente acariciado de nuestro corazón, a saber, que “santa Teresa de Jesús sea el nobilísimo campo donde, con sus bien templadas armas, nuestros escritores católicos, especialmente los que son Maestros en Israel, vengán a batallar las batallas del Señor, seguros de conseguir los triunfos más gloriosos bajo la enseña levantada por la insigne Heroína española, nueva Débora según el Papa Gregorio XV, que acaudilla las huestes del Dios de Sabahot.

Mas vean ya y mediten detenidamente nuestros lectores los altamente pensados y elegantemente escritos artículos de nuestro ilustrísimo señor Obispo.

LA IGLESIA, SANTA TERESA Y NOSOTROS

Al fin, Señor, soy hija de la Iglesia. (*Santa Teresa*)

I

La historia ha recogido y conserva cuidadosamente las palabras pronunciadas en los últimos momentos por sus grandes hombres. Y con razón. Lo supremo de aquella hora en que va a desaparecer todo un mundo de engaños para comenzar la eternidad, la lucidez con que al resplandor de ésta ven todas las inteligencias la rectitud de la conciencia que en aquel lance no es ofuscada por la pasión, ni torcida por el interés, comunican a las palabras de los moribundos una impresión de verdad tan fuerte, que se imponen irresistiblemente al ánimo y dejan en la memoria una huella indeleble. Además la muerte refleja algo de sobrehumano, por donde se mira con religioso respeto al moribundo, y como sagrado lo que a él se refiere. ¿Qué será cuando es un santo el que muere? No pueden, pues, ser indiferentes a los lectores de la **Revista** la muerte de Teresa y sus incidentes; y si bien es cierto que no podríamos trasladar al papel, ni siquiera lo intentaremos, las impresiones causadas por un suceso pasado y el interés de una escena representada trescientos años atrás en una pobre celda del convento de Descalzas de Alba de Tormes, todavía las palabras solemnes de la moribunda protagonista lo tienen bastante para ser recordadas con amor y escuchadas con provecho.

Comencemos.

San Martín, el grande Obispo de Tours, en su lecho de muerte arrojaba de sí al diablo con palabras de soberano desdén. **Anda**, decía, **bestia cruel, nada tienes que ver conmigo**. Era la voz del soldado intrépido que nunca tuvo miedo. San Hilarión, al contrario, se animaba para aquel paso formidable, trayendo a la memoria una larga vida empleada en servicio de Dios. **Alma mía, ¿qué temes?** Decía. **Has servido setenta años a Cristo, ¿y temes la muerte?** Y este patético soliloquio retrataba al vivo al Santo solitario, que espantado de los peligros del mundo huyera a sepultarse de por vida en las profundidades del desierto. San Lorenzo Justiniano exhalaba el último suspiro en los tiernos afectos, que fueron la perpetua aspiración de su pecho enamorado: **Vengo a ti, mi buen Jesús, vengo**. Otros se expresaron diferentemente, pero todos expresaron lo que sentían, porque las palabras del moribundo fotografían su corazón. Santa Teresa de Jesús repetía a menudo y con fruición marcada: **Al fin, Señor, yo soy hija de vuestra Iglesia**, y sabía lo que decía. Merece, por tanto, ser estudiado.

Yo soy hija de la Iglesia... Decir la Iglesia, es decir la religión cristiana, es decir el Catolicismo, porque sólo éste es el cristianismo íntegro y legítimo, siendo la Iglesia su forma exterior. Los herejes de todos los siglos en la inmensa variedad de sus errores lo compren-

dieron perfectamente, y guiados por el instinto de secta, han estado conformes en un solo punto, en el de atacar a la Iglesia. Mas ningunos han llevado su odio contra ésta y el furor en los ataques contra su autoridad al extremo a que lo llevaron los herejes del siglo XVI. Era lógico, dado el carácter radical de aquella herejía; pero lo era también otro hecho paralelo y opuesto; porque es ley constante del mundo moral, lo mismo que del mundo físico, que la reacción es proporcionada e igual a la acción contraria. La historia lo evidencia. La guerra de los jansenistas a la Virgen María en los dos últimos siglos ha producido de rechazo el movimiento de veneración y amor siempre creciente hacia la gran Madre de Dios, y excitado el entusiasmo de los fieles por sus excelsas prerrogativas, que no se ha satisfecho con menos que la definición dogmática de su Concepción Inmaculada; la solemne proclamación de la Infalibilidad Pontificia y su elevación a la categoría de las verdades de fe en el Concilio Vaticano, es la reacción legítima y necesaria contra el recrudescimiento de las funestas doctrinas galicanas; y son sin género de duda las blasfemias de Proudhon, de Renan y de toda la falange de los racionalistas contra la sagrada Persona de Nuestro Señor Jesucristo las que han provocado la explosión de celo que nada puede contener por el culto y adoración de su Corazón santísimo. No debían ser excepción de la regla el siglo de Lutero y del protestantismo; y de hecho los teólogos contemporáneos combatieron con desusado brío a favor de la Iglesia; y los Santos, que en gran número florecieron en aquellos tiempos, se le mostraron íntimamente adictos y exquisitamente obsequiosos, distinguiéndose entre todos nuestra Santa, cuyo filial amor y omnimoda sujeción a la Iglesia aparece en la conducta de toda su vida y en todas las páginas de sus escritos, ni se extingue sino con los últimos latidos de su corazón.

Yo soy hija de la Iglesia. Esa amorosa aspiración era en los labios de Teresa, a la par que una protesta contra los errores de la época, una profesión compendiada de la fe; porque el artículo de la Iglesia encierra todos los demás, por ser la Iglesia la regla próxima de la fe católica. Era más: era la fórmula abreviada de la vida cristiana, porque en el orden práctico las relaciones de cada cual con la Iglesia son la piedra de toque en la que se prueba la bondad de sus costumbres. Dadme fe en la Iglesia, y son imposibles las herejías. Al contrario, sin esa fe toda religión positiva viene a ser imposible. Por haberse salido de la Iglesia, ruedan fatalmente los herejes en la pendiente del error, y de negación en negación abandonan uno en pos de otro los restos del cristianismo que al tiempo de la apostasía conservarán, precipitándose al fin en el abismo del racionalismo puro. Por otra parte, es la desobediencia a la Iglesia la que hace los malos cristianos, porque la Iglesia es también la regla de la moral. Quien desobedece a la Iglesia, no obedece de seguro a Dios, porque **no puede tener a Dios por Padre quien no tiene por Madre a la Iglesia.**

¡Oh! Bien exclamaba santa Teresa en frente del protestantismo engréido de sus triunfos y por la desolación causada en la Iglesia: **Yo soy hija de la Iglesia;** y bueno es que oigan esta profesión de puro catolicismo de una Santa, que pisa los umbrales de la eternidad, muchos que se dicen católicos y hasta hacen alardes de serlo, mientras su conducta hacia la Iglesia es por lo menos muy equívoca.

Yo soy hija de la Iglesia... Luego la Iglesia es Madre. Pero ¡qué madre! No la hay ni más tierna, ni más solícita, ni más desinteresada. Habiéndonos dado a luz quizás con grandes dolores, nos fomenta en su seno, nos cría a sus pechos, y crecidos nos lleva de la mano por entre los peligros, nos defiende de enemigos y nos salva. Nos fortalece en nuestros desfallecimientos, nos consuela en las tristezas del espíritu, nos sana en las enfermedades del alma, nos acompaña en la vida, y no nos deja en la muerte. A semejanza de su divino Esposo que nos previno con amor y nos atrajo con misericordia, nos amó antes que nos concibiera en sus entrañas, nos amó siempre, nos ama hasta el fin, buscándonos cuando huimos, fatigándose en pos de nosotros y cargándonos en sus hombros; nos ama hasta derramar la sangre y dar la vida. **Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris; licet plus diligens minus diligar**¹. Considerad lo que hizo la Iglesia desde el principio y no ha dejado de hacer nunca; lo que hicieron los Apóstoles de nuestros padres, lo que hacen ahora mismo los de las naciones infieles y heréticas, y lo que en todas partes está haciendo el sacerdocio católico. ¡Qué solicitud, qué abnegación, qué sudores, cuánta sangre derramada, cuán horribles martirios sufridos! ¿Hay amor como éste? ¿No es amor de madre y más que de madre?

La Iglesia ¿es correspondida? No hablamos de las naciones. Las ideas modernas han invadido las naciones antes católicas, y ya no las hay. El espíritu del siglo ha ahogado en ellas el espíritu cristiano que las informaba; todo ha sido humanizado, secularizado. La influencia de

¹ II Cor. XII, 15

la Iglesia en la cosa pública ya no existe. Cristo ha sido desterrado de los concejos de los príncipes, de las asambleas de los pueblos, de los ejércitos, de los tribunales, de todas partes; y si en alguna queda todavía algo de lo que hubo, es en apariencia, mejor que en realidad, o queda como una concesión hecha a las circunstancias del momento y como un accidente transitorio que desaparecerá en cuanto llegue la oportunidad. La abolición del culto público católico y la muerte social de la Iglesia está decretada. Hay más. Se está preparando el terreno para arrojar a Cristo del seno de la familia y del sagrado de la conciencia individual; y se tiene andada ya una gran parte del camino con el establecimiento del infausto matrimonio civil y la enseñanza laica, y con otras medidas indirectas, pero eficaces, como la de cerrar la entrada del hogar doméstico al sacerdote, por quien sostenida la mujer católica conserva vivo en aquel recinto el fuego de la religión, y lo trasmite a las generaciones nacientes. El trabajo para sembrar el desamor a la Iglesia es **antiguo**, y de antiguo el odio sectario ha procurado infiltrarse en los corazones, mas nunca como al presente ni con tan funesto resultado.

No faltan por cierto a la Iglesia buenos hijos que la aman, ni faltarán jamás. No hay cuidado. No tema algún desesperanzado Elías que ha de quedar solo entre los servidores de Dios. El Señor se ha reservado, no siete mil, sino muchos miles, que no doblaron la rodilla ante Baal, que adoran en espíritu y verdad al Padre que está en los cielos, y cumplen, como buenos, con la madre de la tierra. ¿Queréis conocerlos? Escuchadlos; pero sobre todo atended a sus obras.

La Iglesia no es una idea abstracta, o un conjunto informe de hombres que profesan una fe común. Ni es una sociedad de las almas justas, conocidas de solo Dios, espiritual e invisible. La Iglesia es un cuerpo orgánico, cuyos miembros unidos entre sí y ejerciendo funciones diversas, pero armónicas, constituyen un todo moral, vivo, sensible, que llena el tiempo y el espacio. Es una sociedad de hombres mortales, pero que aspiran a la inmortalidad; que existe sobre la tierra, pero que tiene su origen en el cielo y hacia él gravita por su propio peso: perfecta, soberana e independiente, que en sí misma tiene las condiciones de su existencia y los medios para la consecución del fin de su institución, que es la santificación de las almas. Ahora bien, una sociedad de esta naturaleza no existe sin un lazo que estreche las partes constitutivas, sin un centro común de acción, sin un conductor activo de la vida íntima. Y este lazo, ese centro, ese conductor es la jerarquía sacerdotal con todos sus grados y el Sumo Pontífice a la cabeza, que sintetiza a la Iglesia, como fuente del orden jerárquico. Por esto al cuerpo sacerdotal lo llamamos en absoluto **la Iglesia** en las locuciones vulgares; **la Iglesia enseña, la Iglesia manda**, etc; por esto se ha escrito que donde está el Papa, allí está la Iglesia: **Ubi Petrus, ibi Ecclesia**; y por esto el sacerdocio y señaladamente el Papado es el objetivo de los encontrados afectos de amor y de odio de amigos y enemigos; por esto los buenos hijos de la Iglesia son los amigos del sacerdote; por esto, en fin, **papista y católico** han venido a ser palabras sinónimas, que encierran un mismo e idéntico concepto.

Y aquí debemos consignar la importante observación que a este propósito ha hecho el señor Conde de Maestre². Este hombre, el talento quizás más robusto del siglo actual, tan profundo filósofo como ferviente católico, ha dicho: “que si se examina uno en pos de otro a todos los grandes Doctores de la Iglesia católica, se echará de ver que a medida que dominó en ellos el principio de santidad, se manifestaron más celosos a favor de la Santa Sede, más penetrados de sus legítimos derechos, y más atentos a defenderlos”; y así es. Es decir, que los hombres más sabios de la Iglesia y de fuera de la Iglesia, porque los santos Padres fueron indisputablemente los más grandes sabios de su época; y sobre todo, nótese esto bien, los más santos entre los sabios, han sido los más fervorosos amigos del Papa y los más acérrimos defensores del Papado. Y ¿qué significa este común acuerdo de la sabiduría y santidad en agruparse alrededor de la Cátedra de Pedro, sino que el privilegiado entendimiento de aquellos distinguidos hombres comprendía lo que presintió antes su hermoso corazón, que cuando se trata del Sumo Pontificado y del Papa se trata de la Iglesia, y, como dice Belarmino, de la religión toda entera, **de summa rei christianae?**

Pues bien, Teresa merece un puesto distinguido entre los grandes amigos y campeones del Papado, como lo tiene entre los Santos y Doctores.

² Del Papa, lib. 1, cap. 6º

DESDE LA SOLEDAD

Oremus pro Pontifice nostro Pío Dominus conservet et vivificet eum et beatum faciat.

Nada falta ya a nuestra ambición santa en este mundo: colmados han sido nuestros deseos. Pío IX el grande ha bendecido al humilde Solitario; Pío IX el Pontífice sumo ha rogado con oración especial por su pequeño hijo el Solitario al pedir al cielo en 15 de febrero que **Teresa de Jesús dirija nuestra mente y nuestras manos, y Dios nos bendiga e ilumine**. Y ¡cosa providencial! sin procurarlo, ni de ningún modo pensarlo, hasta el día en que nos ha concedido tamaña gracia es día Teresiano. Es el día 15 de mes, consagrado a honrar a Teresa de Jesús, que murió en dicho día; es el día además en que nuestra religión Carmelitana celebra la fiesta de uno de sus más ilustres hijos, san Pedro Mártir, patriarca de Constantinopla, al cual la Virgen María, de la que era devotísimo, le dijo en una aparición: “Confía, Pedro, hijo mío. La religión Carmelitana durará hasta la consumación de los siglos. Así lo impetró de mi Hijo su fundador Elías”.

¡Bendito seas, Padre mío muy amado Pío IX, sean mil y mil veces bendito en el tiempo y en la eternidad por el Dios a quien tú representas y por Teresa de Jesús a quien tanto amas! ¿Qué te retornará mi pequeñez e insuficiencia por tan singular fineza?... Tú has rogado por mí: justo es, pues, que yo ruegue todos los días por ti. La gratitud es el distintivo de los hijos de la generosa y magnánima Castellana; no llevaréis, pues, a mal, amigos míos, si además todas mis cartas, artículos o lo que sea, en lo sucesivo vayan encabezados mientras viva el gran Pontífice con las palabras que hoy empiezo. Que si la Revista de santa Teresa de Jesús honrará siempre su primera página con el autógrafo del más amado de los Pontífices, el Solitario responderá con su eco de reconocimiento a este favor singular levantando un monumento imperecedero de gratitud con sus oraciones.

Oremos, pues, orad con el Solitario, amigos míos, por el más atribulado de los Pontífices, por el más extraordinario de los Papas, por el más bondadoso de los Padres, por el más fuerte y digno de los Reyes, por el más grande de los hombres que hoy existen, por el santo más amado de los buenos y odiado y perseguido por los malos.

Oremos por nuestro Pontífice Pío, el Pontífice de María inmaculada, el Pontífice del glorioso san José, el Pontífice de Jesús de Teresa.

Oremos para que el Señor le conserve su larga y preciosísima vida hasta ver el triunfo de la Iglesia, la paz del mundo y la prosperidad de la católica España.

Oremos para que el Señor le haga feliz en este mundo, gozando de verdadera libertad para gobernar sabiamente la Iglesia, y viendo humillados a sus enemigos, convertidos los herejes, confundidos los sectarios.

Oremos al Señor para que su Vicario cante victoria de sus perseguidores, y no se vea abandonado a sus perversos deseos.

¡Oh gran Pío IX, Doctor infalible de la Iglesia universal, Vicario de Cristo, Sumo sacerdote, Príncipe de los Obispos, heredero de los Apóstoles, Abel por razón de tu primado, Noé en la gobernación, Abraham en el patriarcado, en el orden Melquisedec. Aarón por la dignidad, por la autoridad Moisés, Samuel en el juicio, Pedro por la potestad, Cristo en la unción! si de ti me olvidare, y por ti no orare, y a las puertas de la misericordia del Señor Jesús de Teresa no clamare, y no creyere lo que tú enseñas, y no obrare como Dios por ti nos manda obrar, quédese pegada mi lengua al paladar y no sea contado en el número de los amantes de Teresa.

Porque hoy más que nunca los que nos preciamos de amar a la gran Teresa debemos persuadirnos que la devoción y amor a la sagrada persona de Pío IX, Vicario de Cristo, puesto por Dios como signo de contradicción para que se revelen los pensamientos de muchos corazones, es la piedra de toque para discernir los verdaderos de los falsos hijos de la Iglesia católica. Hoy más que nunca es **verdadera señal de predestinación** el afecto y adhesión a la Cátedra de Pedro: hoy por consiguiente más que nunca deben esmerarse los amantes de Teresa.- que se distinguió siempre por su acendrado amor y apasionado cariño a la Iglesia y a todas sus cosas, hasta las más insignificantes ceremonias,- deben esmerarse, digo, en creer, sentir, amar, aprobar o reprobar lo mismo y del mismo modo que el Vicario de Cristo cree, siente, ama, aprueba o reprueba en todas las cosas que son de fe o de costumbres, de doctrinas o de conducta. Baste para un amante de Teresa que el Papa haya hablado para saber lo que debe creer u obrar. Así nunca errarán, ni incurrirán en el menor desagrado de Jesús y de su Teresa.

Persuadidos de esta verdad, toda nuestra ansia es y será siempre con el favor de Dios el merecer poder exclamar en todos los momentos de la vida, como nuestra adorada Madre y Doctora: “En fin, en fin, yo soy hijo de la Iglesia”. Merézcamos a todos tanta dicha la bendición de Pío IX, nuestras oraciones y la intercesión poderosa de la gran amiga de la Iglesia, Teresa de Jesús. Así será, amigos míos, si meditáis con humildad las verdades de la fe todos los días durante un cuarto de hora en soledad. Os lo asegura en nombre de la seráfica Doctora su más apasionado discípulo

El Solitario

A LAS JÓVENES CATÓLICAS DE CATALUÑA

CARTA II

“No ha de ser siempre gozar sin servir, ni trabajar en algo”.

Pudiera ser mote acomodo a la reconocida laboriosidad de las jóvenes catalanas la sentencia anterior, tomada del capítulo VII, número 6, de los **Conceptos del amor de Dios** que escribió santa Teresa de Jesús, porque allí se estudia, se medita y pesa todo como en buen ajuste del tiempo con un lucro decente.

Lo cual prueba que la moralidad por el trabajo en ocupación honesta se aviene perfectamente con la vida espiritual y aún contemplativa.

Es menester hacer antes las cosas con el pensamiento que con las manos; pues aún siendo ágiles, sueltas y experimentadas, todo las embaraza cuando falta la imagen que deben copiar hilando o tejiendo, bien hagan o deshagan, ya invente, ya imite la industria.

Lo mismo en los talleres que sobre el mostrador o en los mercados, cuadra perfectamente recordar el santo gracejo de Teresa de Jesús, trayendo a cuento sus fatigas y jornadas, sus penas y desabrimientos. Como se piense en esto de corazón, el trabajo será gustoso y hecho a conciencia; y “como no deja su Majestad de favorecer a los verdaderos deseos, para que se pongan por obra” (Libro de las Fundaciones de las Hermanas descalzas, cap. XXVIII, núm. 11), dejase conocer que todos ganan a un tiempo honra y provecho, industrial y operario, padres e hijos; “pues cuando tantos corazones junta Dios en una cosa, se entiende se ha de servir della” (Id. ib., nº 4).

Reunida la familia en común sentir y con igual designio, todo es adelanto, nada hay que no traiga utilidad. De modo que allí donde la aplicación y la modestia salgan como al encuentro de la buena lectura y de la modesta enseñanza, habrá por necesidad admirables productos de perfección y decencia.

Nunca se fijará en el taller la stampa lúbrica, ni siquiera la mal dibujada, para que ni la vista se empañe, ni la incorrección del diseño corrompa el buen gusto de las labores. En todo la pureza.

La piedad, que es útil para todas las cosas, previene el buen sentido, se anticipa a la llaneza y a la compostura; es sobria y siempre digna. Impide los estragos de la vida que se juntan para causar la inmoralidad y el vicio; y reinando como señora en el sentimiento de las artes exhibe lo natural y lo bello sin los inconvenientes de la desnudez.

Cuando ella mueve la mano que pulsa el instrumento, o se apodera de una idea elevada, de tal modo la entona y purifica que devuelve a sus orígenes en forma de gemidos de amor y de tiernas plegarias los asuntos concebidos.

Enseña a sentir, a cantar y llorar. Pródiga de consuelos, trueca por merecimientos las aflicciones y quebrantos. Parece hallar a la mano cuanto es menester para salir de apuros. Oh Hijas, que mucho veremos, se no queremos ver más de nuestra bajeza. (Moradas quintas, c. I). Al fin como no haya vana curiosidad ni codicia, sino emulación digna, entonces se verifican sin mucho desvelo pasmosas transformaciones en la sociedad, en la casa y en las escuelas. Veremos mucho como veamos nuestras miserias.

Bien se conoce quien se humilla, porque la humildad es la verdad. Bien se levanta de la tierra quien sólo mira en ella lodo que corroe o polvo que ciega.

Con andar a lado de Teresa de Jesús, se logra ir en gozosa compañía. Y claro es que Jesús va siempre con quienes le llaman. Se lamentaba el Salvador de que los propios no le recibieron. Se regocija cuando es hospedado. Amó con entrañas de amigo y de Salvador a

Lázaro, a Marta y a María, y logró embriagar de amor a la Samaritana. De ella dice santa Teresa: Iba esta Santa con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. (Conceptos del amor divino, c. VII, núm. 4).

Se encuentra a Jesús por el camino de la oración. Quiere ser rogado; se paga de los gemidos; prendado va y se enamora de los que a modo del ciego en la travesía a Jericó gritan diciéndole: - Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.- No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quien él es. (Vida de santa Teresa, cap. XIX)

Saber pedir es aprender a llorar culpas, y a salvar imperfecciones. Lágrimas todo lo ganan, un agua trae otra. (Ib)

Loca y desatinada de amor a Jesús, hablaba la Doctora como ebria de gloria, y con **el agua de la gracia a la garganta**. Cuando así se ama a Jesús, entonces no sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, donde se depende la verdadera sabiduría; y es deleitosísima manera de gozar el alma. (Ib. Cap. XVI)

Si las jóvenes católicas logran sazonar sus conversaciones con recuerdos y citas de este sabor, llegarán de grado en grado como de sorpresa también y aún por asalto a un estado de habitual discreción que las haga admirar aun del mundo disipado.

+ El Obispo de Jaén

AMEMOS A SANTA TERESA DE JESÚS

II

¿Y quién podrá dejar de amarla? Tan sólo aquellas almas que todavía no tienen la dicha de conocerla. Y ¿no lastima nuestros corazones, hermanitas mías, ver tantas criaturas que aún no han catado el deliciosísimo y celestial néctar que para todos posee nuestra querida Madre? ¿Pudieran dejar de amarla por poco que traslucieran las gracias y atractivos de esta Robadora de corazones que es un prodigio de la naturaleza y de la gracia? ¡Oh! no, segura estoy que no; es imposible. Basta conocer los rasgos de la portentosa vida de la virgen avilesa para serle eternamente agradecidos y fuertemente enamorados. Ella vivió la vida del amor y del agradecimiento, y el excesivo fuego del amor divino produjo su muerte. ¡Oh dulcísimo Jesús! ya que sufrís que esta tan ruin criatura hable de vuestra enamorada Teresa, haced que mis palabras no se disipen como el humo, sino que acompañadas de vuestra divina gracia penetren y arraiguen en todos los corazones y produzcan copiosos frutos de amor.

Amemos a santa Teresa de Jesús. Sí, hermanitas, sea este nuestro habitual lenguaje; en nuestras conversaciones, en nuestros escritos, y sobre todo en nuestros ejemplos demos pruebas de que amamos mucho, mucho a tan gran Madre; esta es nuestra obligación y nuestra misión especial: darla a conocer a todos para que todos la amen, y con su amor venga a las almas el de Jesús, María y José.

Impúlsanos a ello su agradecimiento, que no tiene otros límites que los de su amor. Es la mujer más agradecida que han visto los siglos, y si aún en esta vida supo remunerar todo pequeño servicio, el más ligero obsequio, ¿qué será ahora mejorada de condición en el cielo?

Con una sardina que me den, decía la Santa, basta para sobornarme; ¿y no la hemos de sobornar ahora nosotras sus hijas con nuestras fervientes súplicas, depositando nuestro amor y confianza en sus bondades?

Amémosla con un amor fervoroso y sin intermisión; amémosla con un amor activo, esto es, que obre siempre, porque la ociosidad en el amor es la muerte del amor; amémosla con un amor siempre creciente, que a ello nos obliga el agradecimiento; puesto que remunera tan bien nuestros obsequios por insignificantes que sean, nosotras agradecidas debemos ponernos a la altura de los favores recibidos, y, como estos irán siempre en aumento, aumentar también debemos nuestro amor.

¡Ay de las almas que no sepan agradecer! ¡ay de las hija ingratas! ¡Cuántos suspiros y cuántas lágrimas hizo arrancar de nuestra buena y santa Madre la ingratitud de hijos rebeldes que bajo el especioso grito de Reforma huían de la casa paterna para encenagarse en toda clase de vicios y crímenes!

El vicio que más detesta nuestra amada Teresa y su Jesús es el de la ingratitud. Que se arranque la higuera, dijo nuestro buen Jesús; porque era tiempo de dar frutos, y no los dio. ¡Ay de nosotras si somos ingratas! ¡ay de nosotras si no correspondemos a tantos y tantos

beneficios como debemos a nuestras buenas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús, admitiéndonos como hijas suyas al inscribirnos en esta santa Asociación, colmándonos de tantos favores! Devolvámoslos por medio del agradecimiento.

Hijas de María y Teresa de Jesús equivale a decir, hijas de las más agradecidas, porque sus Madres fueron las más agradecidas entre las mujeres en el mundo y lo son entre las Santas en la gloria.

Escribo estas líneas hoy que es el día del Patrocinio del excelso Patriarca y glorioso Padre y Señor san José; excelente día es éste, hermanitas mías, para traer a la memoria los favores otorgados por el Santo sin igual a nuestra querida Madre Teresa y el modo cómo supo agradecerlos esta Virgen incomparable; el amor y confianza que tenía Teresa de Jesús en las bondades de san José, y el amor y confianza que deben inspirarnos a nosotras las bondades de entrambos. No recuerda nuestra gloriosa Madre haber pedido cosa alguna a san José que no la haya alcanzado; y basta que la misma nos dé tantas seguridades y cartas de recomendación para que todas sus hijas vivamente agradecidas le complazcamos. Sí, glorioso Patriarca; a imitación de nuestra buena Madre y hermanito Jesús te escogemos por nuestro Padre y Señor y Protector. En nuestros trabajos, en nuestras enfermedades, en nuestras dudas y tentaciones y flaquezas de espíritu, a Vos acudiremos, seguras de hallar un pronto remedio. Hijas somos de tu inmaculada Esposa y de tu más querido Benjamín y secretaria Teresa de Jesús: ¿no es verdad, oh glorioso Patriarca, que con toda razón te podemos llamar Padre? Sí, tú eres el más singular Protector de nuestra humilde Asociación; enséñanos a amar y tratar a tu Jesús como tú en la oración.

Nada nos falta ya, hermanitas mías. Jesús, María y Teresa nos dicen: Id al Señor san José... A Vos, pues, acudimos con toda confianza, oh Padre nuestro. Vos tendréis un cuidado especial de vuestras tiernas hijas perseguidas, como vuestro hijito Jesús, por tantos Herodes que quieren quitarles la vida del amor a Jesús. No lo consintáis; somos de Jesús, llevamos escrito en nuestro pecho **viva Jesús, todo por Jesús**. Salvadnos, guardadnos como a las niñas de vuestros ojos. ¿No nos conocéis? Somos hijas de María vuestra esposa y de Teresa de Jesús, vuestra más querida hija.

Con el auxilio del Santo bendito todo nos será fácil, por más estorbos que se presenten para no dejarnos medrar en la virtud. A amar, pues, hermanitas mías, a amar a san José y a su hija Teresa para que aumenten nuestro amor hacia Jesús y María, su inmaculada Madre y nuestra también.

¡Qué dulce cosa es amar, Dios mío! ¡Qué suaves requiebros guarda tu corazón adorable para los que saben amar de veras! ¡Oh Teresa de Jesús! enséñanos a amar como tú amabas, comunícanos una centellita de tu endiosado corazón y haz que nos abrase y nos consuma, para que muera y nunca resucite todo amor que a ti y a tu Jesús no vaya dirigido. ¿Queréis lograr, lectores míos, tan distinguido favor? **Pues amemos a santa Teresa de Jesús**.

SATURNINA JASÁ,
Hija de María inmaculada y Teresa de Jesús

Calaceite, fiesta del Patrocinio de mi Señor y Padre san José, 18 de abril de 1875.

MELODÍAS DEL ALMA DE TERESA

Sabroso ha llamado Teresa de Jesús a su bellissimo **Libro de las fundaciones**, y ciertamente nadie que lo lea se atreverá a disputarle el calificativo, antes creo con fundamento que no se dará por satisfecho sin que añada a ese otros epítetos y encarecimientos que, por altos que ellos sean, nunca serán sobrados e inmerecidos.

Leyendo estaba yo el capítulo tercero de ese libro, con toda verdad sabroso y regalado, donde tan al desnudo se descubren las gracias embelesadoras y el hechizo soberano del alma de su Autora, cuando embargada de deleite purísimo el alma, y no acertando a dominar los impulsos de mi corazón sabrosamente enardecido, sentíame compelido a exclamar a cada momento, como si pudieran oírme mis amigos teresianos:

¿Habéis jamás oído cosa más bella, más tierna y más sentidamente contada? ¿Leísteis alguna vez, por ventura, páginas tan llenas de la personalidad de su autor, que cuanto más trata de ocultarse, más a pesar suyo descubre como al través de transparente

gasa el irresistible encanto que la rodea? ¿Dónde encontraréis mayor delicadeza y ternura de sentimientos, congijas más amorosas, temores más santos, corazón más enamorado, sentir más fino?

Notad ante todo y pasmaos ante el grandioso espectáculo que ofrece “una pobre monja Descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra” (como ella donosamente dice) saliendo a fundar conventos y templos del Señor, sin que las contradicciones, por graves que ellas fueren, sean parte para hacerla desistir de su empresa, ni que acobardarla consigan las temerosas tempestades en contra suyas levantadas, ni la arredren ni turben dificultades, ni todo el mundo, finalmente, conjurado contra ella logre ni poco ni mucho quebrar la indomable entereza de su ánimo superior y varonil.

Cierto que grandezas como estas son poco conocidas en el mundo, alejado cada día más del soberano origen y manantial inagotable de donde se deriva este linaje de grandezas.

Al mundo lo revela Teresa cuando exclama: -¡¡Oh grandeza de Dios!... ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga!... ¡Quién más amigo de dar si tuviese a quién, ni de recibir servicios a su costa!”.

En estas altísimas fuentes de todo poder y grandeza es de donde bebía Teresa el tesoro de superiores energías y de alientos esforzados, con que a la manera de águila caudal se levantaba en poderoso vuelo a no visitadas regiones y señoreaba las menguadas cumbres de la tierra.

Su ilimitada confianza en el brazo del Señor era la llave mágica con que abría Teresa las inenarrables riquezas escondidas en los tesoros de la divina omnipotencia.

Merced a esta virtud, ha vencido Teresa en la fundación de Medina del Campo dificultades que a otro que no fuese ella hubiesen parecido insuperables. Alegre y regocijada se muestra por extremo; mas no creáis que sea por haber conseguido un triunfo egoísta sobre los espíritus que maliciosos la hacían cruda guerra, o pusilánimes y apocados desconfiaban del buen éxito de su empresa; sino porque con ello había aumentado la gloria del Señor. “Para mí (dice ella en este lugar) es grandísimo consuelo ver una iglesia más donde haya santísimo Sacramento”.

Pero ved cómo he tocado ya una de las cuerdas que más dulce y melodiosamente vibraban en el corazón de Teresa. ¡Cuánto me agradaría hacer sonar a vuestros oídos algunas de sus suavísimas vibraciones, que al tiempo que sirviese de recreación y deleite a vuestro corazón, amantes teresianos, lo templase por dicha vuestra al unísono del de Teresa! Cuando os postréis a las plantas del augusto Sacramento, singularmente en el día de la octava de este mes que la santa Iglesia ha consagrado a conmemorar su institución, recordad los amorosos latidos del corazón de Teresa, que ellos vendrán como sagradas melodías a despertar ecos parecidos en vuestros corazones.

Mas veamos ya alguna de esas melodías.

Era la víspera de Nuestra Señora de agosto (como dice ella), y a las doce horas de la noche, cuando llega Teresa a Medina del Campo, y sin perder tiempo ni descansar del trajín del viaje, marcha a pie a la casa que un Padre había ya antes concertado para la fundación.

Paréceme como ver a Teresa que, desalada y fuera de sí, corre y se apresura atravesando las calles de la población, lleno su corazón de la dulce y deliciosa idea de que tiene ya casa donde van a sonar continuamente las divinas alabanzas y en donde tenga el Señor un nuevo trono de amor y misericordia.

No le digáis a ella que es muy tarde; que pueden ocurrir a tal hora sucesos imprevistos, como por ejemplo el de cerrar entonces toros para correr el otro día pudiendo topar con alguno de ellos (como ella cuenta); todo lo olvida y salta por todo cuando se trata de llevar a cabo sus empresas a la mayor gloria de Dios comenzadas.

Con una sola pincelada nos descubre la situación de su espíritu, cuando dice: - “Con el embebecimiento que llevábamos, no había acuerdo de nada”. De ahí es que en seguida se pusieron manos a la obra, procurando aderezar el portal de la casa con algunos tapices y un damasco azul que les prestó una piadosa señora, a fin de que en aquella improvisada iglesia pudiese ser colocado cuanto antes el santísimo Sacramento.

Yo percibo el bullir de su alma enajenada y las ansias amorosas de su corazón en estas palabras, cuya gracia y candor enamoran a quien las lee:- “Unos a tapizar (dice), nosotras a limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecía estaba puesto el altar y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa”.

¿Y cómo no sentirse Teresa fuera de sí por el contento de su alma, cómo no limpiarlo, aderezarlo y esclarecerlo todo, pues iba a aposentarse allí el limpísimo Amador de las almas

puras? ¿Cómo no dejarlo de su aliento virginal bañado todo cuanto iba a ser pronto consagrado por la real presencia del augusto y adorable Sacramento?

¿Quién será capaz de imaginar y menos describir las delicias de su alma enamorada, cuando a la mañanita de la festividad de la santísima Virgen, oyó la misa que se celebró sobre aquella misma ara que ella con tanta pero agradable fatiga acababa de colocar?

“Desde unas resquicias de una puerta que estaba frontero (dice), veíamos misa, que no había otra parte”. ¡Ah! entonces es cuando a través de esa extraña celosía le diría a su bien amado Jesús aquellas palabras de la **Esposa**, que el extático y dulcísimo Juan de la Cruz vertió por esta elegante manera:

Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y hermosura,
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.

Mas ¡ay! que un placer tan vivo hubo de durarle poco a Tersa, pues vino la luz del día a descubrirle el ruinoso estado de aquellas paredes. “Como se acabó la misa (dice ella), llegué por un poquito de una ventana a mirar el patio, y vi todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo eran menester muchos días”

Caídas las paredes mira Teresa, después que en su recinto ha colocado a su amadísimo Bien. Su corazón se parte de dolor ante semejante espectáculo, arrojando este grito de angustia: - ¡Oh váleme Dios! cuando yo vi a su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, qué fue la congoja que vino a mi corazón!”.

Conseguido había Teresa lo que ella tanto deseaba; pero ¿qué había logrado con ello, sino ponerlo como quien dice en las manos de sus propios enemigos?

La madre cariñosa que viendo al hijo de sus entrañas rodeado de enemigos que han jurado quitarle la vida, quisiera, al mirarse sola, ser toda ella brazos para defenderla contra las embestidas de aquellos fieros causadores de su desdicha, y en ayes apagados deja escapar los angustiosos temores de su alma; representa con pálido y debilitado color a Teresa, colocada en tan apurado trance.

¡Ay, que en cualquier momento (diría ella) pueden robar a mi corazón su único bien y tesoro! ¡Ay, que esos luteranos sin ventura pueden asaltar esas rotas paredes y arrebatarme y ultrajar al amadísimo Esposo de mi corazón! “¡Oh Dios mío (decía), qué cosa es ver un alma, que vos queréis dejar que pene!”.

Grande avenida de aflicciones y dolores vino a envolver por entonces el alma de Teresa, aunque su tormento más grande era considerar que podían quitarle el santísimo Sacramento.

Ved aquí lo que a ella la dejaba sin fuerzas solo con pensarlo. ¿Qué le importaba lo demás? ¿No lo tenía allí todo quien repetía a menudo: **Sólo Dios basta?**

Sirvióle empero de algún consuelo ver cómo muchas gentes iban a aquella casa e iglesia, saliéndose de allí, no diré sin notar “su desatino” (que dice Teresa), antes edificadas y consoladas sin duda alguna de ver aquello.

Teresa no nos lo cuenta, pero de seguro que la improvisada iglesia encantaría los ojos y cautivaría los corazones por la limpieza y pulcritud, por los aderezos y atavíos, por los perfumes y flores, por los encantos en fin que, aunque sencillos, no son menos graciosos y sonrientes, y que un corazón amante como el de Teresa sabe hallar siempre en los tesoros de su amor para embellecer y poetizar la habitación del amado dueño.

Sin embargo, Teresa no estaba tranquila. En vano anduvo buscando por todo el lugar otra casa a donde pudiera trasladarse con sus compañeras, y donde con mayor seguridad pudiera hospedar a su amado Bien, pues tuvo el disgusto de no poder hallarla por entonces, teniendo por consiguiente que continuar en la misma destartada casa, y su buen Jesús seguir hospedado en aquel mal tapiado portal.

“Ponía devoción ver a Nuestro Señor otra vez en el portal (dice Teresa): y su Majestad (como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros) no parece quería salir de él”.

Mas si la humildad del Señor pareciale a Teresa que se agradaba de aquel sitio pobre y humilde, pero no pasaba así con el corazón de Teresa, que no sosegaba un solo momento contemplándole en aquel portal, expuesto a ser profanado por los impíos sectarios de Lutero.

“Yo pasaba (escribe Teresa) harto penosas noches y días, porque (aunque siempre dejaba hombres que velasen al santísimo Sacramento) estaba con cuidado si se dormían”.

Entonces es cuando paréceme a mí que el Señor, dirigiéndose a los infelices sectarios, diría con el **Esposo** aquellas palabras que el arrebatado estro de san Juan de la Cruz concertó así:

Por las amenas lirás
Y cantos de sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.

Empero el corazón de la Esposa velaba. **Cor meum vigilat.**

Apostados tenía allí siempre centinelas que guardasen y defendiesen al Amado de su corazón contra los osados enemigos que tan adelantados andaban entonces por los grandes estragos que a la sazón hacían a la Iglesia de Dios; pero aún así no creía verle seguro, y ella misma, arrebatada por unos celos divinamente amorosos, se **levantaba a mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna y podía verlo bien ver.**

¡Oh! ¿quién no echa de ver aquí el desasosiego y las congojas amorosas del corazón de Teresa? Sin duda alguna que el sueño solicitaría dulcemente sus sentidos, convidando con el descanso a sus fatigados miembros, pero su corazón se sublevaba contra aquella paz que podía serle tan funesta, y alarmado por el inminente peligro que a su parecer corría su adorado Dueño, volaba a cerciorarse con sus propios ojos de que aún estaba allí el que amaba su alma.

Tal vez conseguía el sueño envolverla calladamente con sus transparentes velos, y rendíanse por fin los sentidos al dulce y tranquilo halago con que les brindaba; cuando de repente, presa su corazón de terribles y penosas pesadillas que conturbaban su espíritu, despertaba sobrecogida de temor al recuerdo de las tristísimas visiones de la noche.

Entonces era cuando la luna solía verla, asomado a la ventana su hermosísimo rostro, pálido y descolorido por el insomnio, y mostrando en sus ávidas y codiciosas miradas tesoros de infinita ternura.

¡Oh! a mí me parece Teresa mucho más bella que nunca al contemplarla como celeste y veladora aparición en el marco de la ventana, respirando amor y melancolía, e inundada por los tibios fulgores del astro melancólico de las noches, que acompañaría en su soledad a la desvelada Amante.

¡Oh quién hubiese podido oír los encendidos suspiros que, exhalados de su corazón, vendrían a recoger los callados ambientes de la noche!

Presa entonces de sus amorosos cuidados, no cantaríais, no, como la Esposa:

El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire
En la noche serena;

sino que sintiéndose herida de aquel amor que tan loca y fuera de sí la traía, preferiría aquella otra estrofa:

¿Por qué, pues has llagado
A aqueste corazón, no lo sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

Vino a compadecerse el Señor de su Teresa, después de ocho días, tocando el corazón de un rico mercader que les ofreció a Teresa de Jesús y sus compañeras hospedaje en su casa, donde, con ayuda de una señora gran sierva de Dios, construyó una capilla para que con la mayor decencia pudiese estar allí el santísimo Sacramento.

Mas mi corazón como si se resistiese a contemplarla hoy de otra suerte que asomada a la ventana vigilando al Amado de su alma, confiando a la soledad de la noche los apresurados latidos de su corazón y lanzando de sus ojos, de amor humedecidos, lánguidas y amorosas miradas, que la luna se complacería en acariciar blandamente con sus rayos.

¿Os agrada también a vosotros, amantes teresianos, contemplar a Teresa de Jesús en esta situación?...- Pues contemplémosla en silencio, y aprendamos de ella a amar con un amor fino, apasionado y encendido al buen Jesús, atado a esta mísera tierra con los suavísimos lazos de su caridad e infinito amor a nosotros.

J. A. y A.

EL BUEN JESÚS ME PERDONE: EN ESTO NO TUVO GUSTO

Así exclamaba una cristiana mujer que vive en mi calle, hablando de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús, que cuenta ya sus setenta abridores cumplidos, por más señas llamada Teresa, la cual viene entreteniéndome en más de una ocasión a alguna que otra indulgente y bondadosa vecina, ora con sus simplicidades y boberías, ora con ciertas narraciones históricas según lo que leyera en algunos libros devotos a que fue bastante aficionada en los años de su juventud.

Es un tipo de mujer bastante original, **sui generis**, como suele decirse; pues con la misma facilidad admira hasta el punto de exagerado asombro un hecho el más insignificante, una acción la más pueril, que vitupera y rechaza contra toda razón lo que ella reputa indigno, aunque sea laudable y grande. Duda a veces de lo cierto, y de ello otras muchas es difícil convencerla: pero eso sí, es una buena cristiana.

En una de las muchas tardes que al pasar por delante de su casa la veo sentada en el umbral de la puerta, me dirigí a ella en estos términos:

- Diga V., buena anciana, o yo bien me engaño, o V. debe amar mucho a santa Teresa de Jesús, cuyo nombre lleva por dicha desde la pila.

- Sí, señor, no puedo negarlo, mucho la quiero.

- Vaya, no lo extraño; y es muy justo, bien se lo merece la Santa bendita; pues todo en ella es grande, admirable, prodigioso: su pureza de Ángel, su amor de Serafín, su celo y sus trabajos de Apóstol, su sabiduría de Doctora, su valor y constancia de Mártir, en tantas enfermedades y contratiempos que experimentó desde que propuso y llevó a cabo el colosal proyecto de la Reforma carmelitana; de suerte que hasta el divino Jesús nos declara cuán enamorada estaba de la hermosura de su alma; pues sabemos que unas veces se la aparece rodeado de los tormentos de su Pasión, otras de las glorias del Tabor. En su celo de finísimo amante quiere que Teresa hable con los Ángeles, y no con los hombres; quiere además llamarse Jesús de Teresa, como ella se llama Teresa de Jesús; y... ¿qué más? Teresa, le dice Jesús un día: te amo tanto, que si no hubiese criado el cielo, por ti solo lo criara. Y otro día, en fin, le entrega entre dulces y cariñosas frases un clavo de su diestra, y la hace desde entonces su predilecta esposa.

¡Habrán iguales finezas del amante y divino Jesús!

¿No es verdad, mi buena anciana, que tan honrosas distinciones con que la colmó el Señor, dan a entender claramente que es bien admirable y prodigiosa santa Teresa de Jesús?

- Sí, señor, así es, y muchas cosas de las que acaba de decirme V. ya me las sabía yo; pues algunas oí en los sermones de la Novena que se hizo a la Santa. Pero... ¿qué quiere V. que le diga? Una cosa encuentro yo que no ha hecho bien el Señor.

- Por Dios, abuelita, ¿qué está V. diciendo? ¿No sabe V. acaso que el Señor todo lo ha hecho con infinita perfección?

- Ya, pero quiero decir que el Señor Jesús no ha tenido gusto en elegir por esposa a santa Teresa...

- ¡Hola! esta sí que es salida nueva. Sepamos, ¿y por qué?

- Calle V., calle V., me dice con asombro y como quien no puede darse razón de un hecho chocante y anómalo. ¡Un Señor tan hermoso como Jesús, que viajó por aquellas tierras santas donde había tantas y tan hermosas vírgenes y mártiles³, y viene aquí, a un rincón del mundo a desposarse enamorado de la española Teresa!

Risum teneatis, lectores queridos, y si fuere necesario morderos ligeramente el labio, sabed que yo lo mordí primero para afectar la seriedad que estaba bien lejos de sentir ante la inopinada reconversión de mi excéntrica interlocutora.

- Vamos, señor, continuó luego, el buen Jesús me perdone; pero en esto no tuvo gusto.

- Pues mire V., mi buena anciana, sin advertirlo acaba de hacer un grande elogio a su Santa: porque esa misma elección que el divino Jesús ha hecho de santa Teresa para esposa suya, debe probarle a V. como a mí me prueba hasta la evidencia, que entre tantas y tan hermosas vírgenes y **mártiles**, como V. dice que había en Jerusalén, ninguna hubo más digna de serlo que la virgen Teresa.

- ¿Qué quiere V. que le diga? para mí, no, y no...

³ Queremos ser fieles en transcribir sus mismas palabras, pues es histórico en todas sus partes el hecho que referimos

- Sí, señora, y voy al caso. ¿Dirá V., por ventura, que tuvo poco gusto el divino Jesús en elegir por madre a una modesta joven de Judá, y por padre putativo a un humilde carpintero de Nazaret? No, ciertamente; sino que eso mismo indica que entre todas las vírgenes pasadas, presentes y futuras no hubo otra más digna que María para llenar a beneplácito de la santísima Trinidad el oficio divino de su maternidad para con el Hijo de Dios; así como no hubo otro varón que mereciese mejor las confianzas del Señor, ni siervo más fiel ni más prudente que san José, para custodiar la virginidad de la Madre divina, y el sagrado Fruto de su inmaculado vientre.

¿Qué hubiera sido, por ejemplo, del sin igual dichoso Patriarca sin esa elección? Hubiese vivido y acabado sus días en la oscuridad como otros muchos humildes artesanos. Su nombre al pronunciarle no hallaría ese eco de esperanza que siente todo corazón cristiano: ni pasaría en bendición por entre las generaciones y a través de los siglos. La posteridad no tendría ni un recuerdo para su memoria, ni una página la historia, ni una tradición el pueblo. Su altar no lo veríamos como hoy lo vemos rodeado de veneración y homenaje; sus imágenes no tendrían ese poderoso imán que atrae dulcemente los corazones de todos los fieles, desde el infantito balbuciente hasta el decrepito octogenario.

¿No es verdad todo esto? Pues bien: discurremos ahora de un modo semejante respecto a santa Teresa.

Diga V.: ¿qué idea más elevada puede darse de santa Teresa de Jesús en el pueblo cristiano que decir: "Esposa de Jesús"? ¿Dónde se vio virgen más ilustre que Teresa? ¿Ni madre más fecunda que diese al mundo y a la Iglesia tan óptimos frutos de santidad? ¿Dónde hay quien ostente con tan indisputable mérito como ella el honroso birrete de Doctora de la Iglesia? ¿Quién ha visto jamás otra niña de caridad tan ardiente que a los seis años de su edad haya querido comenzar la carrera del amor divino allí mismo donde la acabaron con gloria tanta los héroes de la fe, o sea en el santo martirio? ¿Qué significa todo esto? ¡Ah! es que ya en el principio el Señor vio nacer a Teresa para santa del primer orden; se sintió enamorado de la hermosura de su purísima alma; la previno con mil bendiciones, la escogió, la reservó para sí, la hizo su esposa. "Ya eres toda mía, la dice Jesús, y yo soy todo tuyo".

Vio pasar delante de sus divinos ojos el buen Jesús a miles de reinas santas y princesas ilustres, a damas ricas, nobles y hermosas, a vírgenes sabias y prudentes, a santas, en fin, de todos los pueblos y naciones más grandes de la tierra. Y entre todas, ninguna así cautivó su amor, y mereció tantas distinciones como la Heroína española, la Doctora y graciosa castellana, la ilustre Avilesa Teresa de Jesús. Si Jesús, pues, tiene buen gusto como galán divino y amante, infinitamente sabio, por fuerza debe ser gran santa Teresa de Jesús, a quien eligió por Esposa y para mirar por su honra. Y esto es gran gloria para la nación española, pues o ha hecho igual fineza a las otras naciones del mundo, a ninguna ha dado otra Teresa de Jesús. Si España es un rincón del mundo, por cierto que más honrada se está con su Teresa de Jesús, que los pueblos que hacen alarde de ser los primeros, y no poseen igual honor.

Vamos, ¿qué dice V. a todo esto, abuelita?

- ¡Oh! yo no sabía tantas cosas de mi bendita Santa; no sabía yo que fuese tan grande y admirable, porque jamás me había hecho tales reflexiones.

- ¿De suerte que desde hoy ya tendrá V. una idea más alta de su ilustre Patrona?

- Sí, señor, para siempre, mientras viva. ¡Ay Santa mía!...

- Yo me felicito de ello y bendigo a la vez a Jesús, por haberme deparado esta ocasión de decir algo en honor de su esposa Teresa, hasta el punto de dejar a V. convencida, y hacerla reformar el bajo concepto que de tan gran Santa tenía.

¡Ojalá lo reformen tantos españoles que ingratos desprecian o no saben beneficiar en bien de las almas y de la regeneración de la mísera España los tesoros de bendición y misericordia que Jesús ha amontonado en su privilegiada esposa Teresa para la salvación del mundo!...

Aquí llegaba nuestro diálogo cuando vino a llamarme mi compañero de paseo. Invité por despedida a la buena anciana a ver entre las diferentes que tengo una hermosa imagen de la santa Madre Teresa.

Al día siguiente trepaba sin descanso la escalera de mi casa, preguntando por la hermosa Teresa.

Sentí mucho hallarme ausente en aquellos momentos: pues tal vez hubiera encontrado asunto para llamar otro día la atención de los lectores de la **Revista** con un nuevo y más ameno artículo, el humilde autor de este diálogo

V. A. Z.

Teníamos en nuestro poder varias poesías dedicadas a la Reina de los hermosos y castos amores, y no sabíamos cuál de ellas escoger para insertar en la **Revista** perteneciente a este florido mes; cuando, a última hora, hemos recibido otra sobre el mismo asunto, y que por su ingenua sencillez, por su nativa gracia, ternura y viveza de sentimientos, ya que no tan sabia como las otras, hemos creído nosotros que debía ser la preferida para insertarse en esta ocasión, dejando para otra las que guardamos de otros autores. Nuestros lectores conocen ya a su piadosa autora, que tiene la dicha de llamarse, como nuestra Heroína: **Sor Teresa de Jesús**, y que, como su santa Madre, sabe cantar, y “de la pena de su corazón”, enamoradas endechas a su divino Esposo y a su divina Madre María. Lean, pues, nuestros lectores estos versos, que pertenecen al género que se ha dado en llamar íntimo, pero en su acepción más pura y hermosa, y también más verdadera, así como más puro, más hermoso y más verdadero también es el amor con que un alma tiene la dicha de ser toda de Dios.

A LA REINA DE LOS CIELOS MARÍA SANTÍSIMA

Quisiera tener virtudes
y poder entretejer
una preciosa guirnalda
para arrojarla a tus pies;
mas quisiera yo adornarla
con graciosa sencillez,
colocándole las flores
que en mi alma debe haber.

Mas viendo que por desgracia
las dejo de poseer,
en la precisión me veo
de tenerlas que tejer
de preciosísimas piedras
hechas por el gran poder
del Artífice supremo
que todo lo puede hacer.

Primero cojo el topacio
ya que lo es en brillantes,
luego el zafiro y diamante,
y la esmeralda después,
cuya riqueza y colores
decoren tu pura sien.

Pero entre tan ricas piedras
quiero, si posible es,
colocar sencillas flores,
que dulce perfume den:
la violeta por humilde
es la que ha de merecer
ser la primera entre todas;
y después yo seguiré
poniendo el nardo, el jacinto,
el narciso y el clavel,
el jazmín y sensitiva,
y la azucena también.
Luego irán las siemprevivas
con dos hojas de laurel,
y un bonito pensamiento
con la rosa enlazaré,
la más hermosa de todas
cuantas hay en el vergel.

Todo puesto de esta suerte,
despacio sujetaré
el uno y el otro extremo,
apretándolos muy bien,
con cintillo de oro y perlas

y un lacito que pondré
al final de la guirnalda,
en el cual escribiré
con sangre del corazón,
con sangre que el amor dé:
**Tu amantísima Teresa,
postradita ante tus pies,
hoy te ofrece esta corona,
cuya oferta humilde es,
pero suspira por verla
ciñendo tu hermosa sien.**

Ya está, dulce Madre mía,
concluida de tejer
la inmarcesible corona
que este día he de ofrecer
a ti, celestial María,
con reverencia cortés.
Te suplico que la admitas,
blanca paloma sin hiel,
suave brisa embalsamada,
divina y fuerte mujer,
fresco rocío del desierto,
niña de gran candidez,
estrella de la mañana,
hermosísima Raquel,
nevado copo de espuma,
sol claro de Nazaret.

Llévate mi alma al cielo,
pues la vida tú bien ves,
me es tristísima y amarga
tan solo por carecer
de vista tan deleitable,
y allí te podré ofrecer
no una ni dos coronas,
pues te doy todo mi ser,
mis sentidos y potencias
y cuánto en mí puede haber.

Quiero, célica María,
servirte yo de escabel,
porque de amor desfallezco
por ti, mi celestial Bien,
y así deseo cuanto antes
volar a besar tus pies.

Tu apasionadísima hija,- Sor Teresa de Jesús

Baeza 18 de abril de 1875.

HECHOS EDIFICANTES

XVIII

LAS HERMANITAS TERESIANAS

Si vosotras mis jóvenes lectoras, no hubieseis de írselo después a contar todo a ellas, os diría alguna cosa de lo que hace aquel grupo de graciosas niñas, que lo forman Adela, Teresina y Luisa, las tres hermanitas, con su prima Enriqueta; la primera que ya pertenece a la asociación Teresiana, y las demás, que pertenecerán también a ella tan pronto hayan hecho la

primera Comunión. Eso os dirá a vosotros cuán pequeñas son; pues la primera ¿qué podrá tener? lo que más trece años, nueve la segunda, y cinco la tercera, contando sobre once su prima Enriqueta. Si a esto añadís que exceptuando a Adela, que ya tiene mucho asiento y es toda una mujercita de su casa, todas las demás son juguetonas, vivarachas y saltadoras como cabritillas, -aunque, eso sí, todo el mundo se lo perdona de buen grado porque lo saben hacer todo con mucha gracia,- estaréis al cabo de la calle. ¿Pero a qué me entretengo en daros sus señales, si todas vosotras las habéis visto mil veces por la calle yendo juntitas a la Enseñanza?... ¿Pero a qué no sabéis vosotras lo que yo sé de esas picarillas, como yo las llamo? ¿A qué no sabéis que esas niñas saben ya hacer el **cuartito de hora**? – Pero ¿cómo? me decís vosotras. ¿Cómo esas cabecitas más ligeras que mariposas, más volubles que la amapola al soplo de los aires, cómo puede suceder que se están quitecitas, retiradas y recogidas por espacio de un cuarto de hora? ¿Quién puede pedir oración a esas niñas? Dejadlas saltar y correr y volar, que eso lo saben hacer a maravilla, pero no les habléis **de cuartito de hora de oración**, que no os entenderán. Más fácil es que bajen a vuestras voces los pájaros del aire y se coman los granos en vuestra mano, que no que esas niñas hagan el cuarto de hora de oración.

- ¡Alto ahí! mis jóvenes lectoras; ¡alto ahí! mis barbados señores. Yo que conozco a esas niñas, yo que sé de buena tinta lo que ellas hacen, ¿qué más? yo que las he sorprendido en esos momentos de soledad y recogimiento, yo puedo deciros... Pero no, no os lo quiero decir yo. Quiero que vosotras mismas lo veáis. Venid. Las diez de la noche están a punto de tocar. Adela, la más grandecita de todas, ha concluido ya los quehaceres de la casa, llama a su prima y hermanitas, que estaban diableando en la cocina. Entradas todas en un cuartito, se arrodillan frente a una mesita donde hay un tosco crucifijo y, colgado en la pared, un cuadro de santa Teresa de Jesús, cuya imagen es de fotografía. Adela, como una maestra, lee los puntitos de la meditación. ¡Oh! ¡Mirad con qué atención, con qué silencio, con qué piedad escuchan las pobrecitas niñas! ¡Dios mío! ¡qué espectáculo tan hermoso! ¿Quién dirá que es aquella Teresina tan retozona y travesilla esa niña que ahí está, plegaditos los brazos, entornados los ojos y en postura tan humilde y edificante? Y vosotras que sabéis lo decidora y hasta locuaz que es Enriqueta ¿la conocéis ahora en su profundo silencio y en su actitud meditabunda? No os digo nada de Adela, cuyo juicio y discreción os son harto conocidos, porque su fervorosa piedad viene a confundir la escasa mía. ¡Cuánto debe agradarse el Señor de la oración de esas niñas! ¡Cómo se complacerá en hablar dulcemente a almas tan tiernas e inocentes! ¡Qué suaves bendiciones, qué preciosas gracias, qué celestes luces no hará descender sobre esos hermosos corazones, que como virginales flores se abren ya en la mañanita de su vida a las saludables influencias del cielo!

Peru el cuarto de las once ha dado ya en el reloj. Mas ¿qué importa si les falta aún por meditar el tercer punto? Y ¡es tan dulce cosa hablar con Dios! Es verdad que Luisita, la más pequeñita, comienza a dar cabezadas en la silla donde está sentada; pero ¿qué puede hacer, decidme, un angelito de cinco años que no para todo el santísimo día? Mirad a las otras niñas, y las veréis aún sumidas en las dulces suavidades de la oración. Los Ángeles de la guarda están a su lado, recogidas las alas y con el dedo índice en la boca imponiendo silencio...

¿Qué os parece, decidme, de ese cuadro que acabáis de ver con vuestros propios ojos, cuadro que yo os aseguro es de todo punto real y verdadero? ¿Quién no se siente con ánimo para imitar a esas graciosas e inocentes niñas? ¿Quién no puede hacerlo como ellas? ¿Quién repetirá de aquí en adelante aquella especie insustancial, de que es más fácil que bajen a vuestras voces los pájaros del aire y se coman los granos en vuestra mano, que esas niñas hagan el cuarto de hora de meditación? ¿Qué no puede obrar la gracia de Dios en las almas, sobre todo si son tan inocentes?

Peru por Dios, mis jóvenes lectoras, no vayáis ahora a decirles a esas niñas que os he contado esto de ellas, porque estoy seguro que la primera vez que después las vea, me dirán con la cara enojadita: ¡Mire V. qué gracia en contar todo lo que nosotras hacemos! No lo hagáis por Dios. ¡Ah! se me olvidaba deciros que esta misma mañana he encontrado a Adela que venía de la Enseñanza. Me ha enseñado la labor que traía en la bolsa.- Y este bulto que queda ahí en el fondo (le he dicho) ¿qué es? Y examinándolo al mismo tiempo, he visto que era ¿sabéis qué? aquel precioso librito que yo os recomiendo mucho y que para vosotras ha escrito un muy amigo mío, intitulándolo: “El cuarto de hora de oración”. ¡Si os digo que no sabe separarse de él! - ¡Si supiese ella que hasta eso os he contado!

J. A.

NOS AVERGÜENZAN ESTOS NIÑOS

Así exclama suspirando enternecido el papa Inocencio III al contemplar el fervor y entusiasmo santo de un ejército de niños tiernos que guiados por el pastorcillo Esteban, quien les predicaba y arengaba a modo de apóstol y de guerrero, iban a buscar la sagrada Cruz al otro lado de los mares.

Y lo mismo hemos exclamado nosotros al descubrir una multitud de niñas tiernecitas (no bajaban de doce, de las que la mayor no llegaría a ocho años) que se dirigían o volvían del templo santo, y al preguntarles a sonde iban o de donde venían, oír que nos respondían con ingenuidad: "Venimos de hacer el cuarto de hora de oración delante de Jesús sacramentado".

Mas oigamos los coloquios que tienen con su Jesús, pues hace un mes que perseveran en la santa tarea de visitar a Jesús y conversar con él todos los días un buen rato.

- ¿Qué le dices a Jesús, Josefina?

- Yo le digo: Jesús mío, dame un corazón como el tuyo.

- Y tú, María, ¿qué le pides? ¿Cómo haces el cuarto de hora?

Callaba la tierna niña, y no se atrevía a abrir los labios, cuando al ver que en premio se llevaba una medalla su compañera, exclamó:

- Pues también se lo diré. Yo le digo: Jesús de mi alma, bendecidme: **in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.**

- Mejor lo hago yo, replicada Teresita, que cuenta siete años. Yo deseo mucho recibir la primera Comunión, y le digo a Jesús del sagrario: Este corderito que en la hostia está – para mí lo quiero, y para mí será.- Y después añadió: Jesús de mi corazón, hacedme caer enferma como mi amiguita Luisa.

- ¿Y por qué le pides eso, hija mía? ¿No estás bien en este mundo?

- Sí, estoy bien, a Dios gracias, porque mis padres me quieren mucho; pero es que Luisita el año pasado quería como yo comulgar, y como a mí no la dejaban; cayó enferma, púsose malita, y le dieron a Jesús sacramentado. Yo le digo a mi madre que quiero ponerme mala como mi amiga para comulgar este año; pero no lo quiere, porque dice que aún me gusta jugar en la calle; y como ella no me oye, yo lo pido al buen Jesús, y a ver si él me oirá.

- Pero hoy no veo a vuestra amiguita Inés. ¿Qué se ha hecho?

- Está mala, la pobrecita, respondieron todas; pero también hace el cuarto de hora de oración.

- ¿Cómo, si está enferma?

- Lo hace en cama, o se levanta. Ayer la encontramos llorando, porque su madre la riñó por haberse levantado para hacer delante de la imagen de santa Teresa de Jesús el cuarto de hora de oración. Pero como hacía frío, y solo estaba a medio vestir, se resfrió un poco, y tenía fiebre hoy. Nos dijo: Orad por mí, y decid a Jesús que quiero ponerme buena pronto para ir a visitarlo en el sagrario.

- ¿Y lo habéis hecho?

- Sí, sí, replicaron todas con viveza. Hoy hemos hecho por ella el cuarto de hora de oración más largo, y ahora vamos a contárselo para consolarla.

¡Cuántos al leer este diálogo histórico, verdadero en todas sus partes, exclamarán: Nos avergüenzan estas niñas!

REVISTA NACIONAL

Tortosa.- La abundancia de materiales y lo atrasado de la hora en que lo recibimos nos impide dar cuenta a nuestros lectores de la hermosa y edificante relación de los Ejercicios espirituales hechos por las jóvenes católicas hijas de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús de Tortosa, que terminaron con un edificante sermón que les predicó el día de la Ascensión el sabio y virtuoso señor Obispo de aquella ciudad, bajo cuyos auspicios nació y se propaga tan bienhechora institución. Lo haremos en el próximo número con el favor de Dios.

- Accediendo a la justa demanda de la Priora de las Carmelitas de Málaga, el Gobierno ha autorizado el ingreso y profesión de novicias en aquella comunidad, dejando sin efecto el artículo 6º del decreto de 18 de octubre de 1868.

REVISTA EXTRANJERA

Roma.- La salud del Padre Santo es inmejorable. A pesar de su avanzada edad, Su Santidad consagra al despacho de los asuntos de la Iglesia gran parte de las horas del día, y aún tiene tiempo para recibir a las numerosas diputaciones que diariamente llegan a Roma de diversas partes del mundo, y dirigirles hermosos discursos, llenos de elocuencia y oportunas enseñanzas.

- Nuestro santísimo Padre Pío IX, acogiendo los ardentísimos votos de todo el mundo católico que desde tanto tiempo con voz unánime imploraba de la Santa Sede un acto de solemne consagración de la Iglesia católica al sacratísimo Corazón de Jesús, ha dispuesto por medio de un decreto de la Congregación de Ritos que con motivo del segundo centenario de la solemne aparición de Nuestro Señor Jesucristo a la bienaventurada Margarita Alacoque y de la Institución del culto del divino Corazón todo el mundo católico fuese consagrado a este Corazón santísimo, fuente inagotable de amor y de misericordia. Esta noticia no podrá menos de llenar de alegría a todas las almas católicas.

- Su Santidad el Papa Pío IX ha dirigido al Episcopado, clero y fieles de Suiza una encíclica en la cual, renovando las condenaciones formuladas ya contra la herejía de los **viejos católicos**, prohíbe formalmente toda relación con los intrusos y los apóstatas, y recomienda a los párrocos y sacerdotes que recuerden sin cesar a los "hijos de la Iglesia" sus obligaciones a este respecto.

Alemania.- Los obispos alemanes reunidos en Fulda han decidido que nada podrá alejarles de sus deberes pontificales. El Papa les ha enviado su bendición, exhortándoles a perseverar.

- La Cámara de diputados alemanes ha adoptado en segunda lectura el proyecto de ley suprimiendo la dotación de los obispos católicos.

Buenos Aires.- El domingo 28 de febrero último, las logias masónicas agitadas y coadunadas con una gran parte de pueblo **soberano**, con el pretexto de trasladar el señor Arzobispo de Buenos Aires la parroquia de San Ignacio a la Catedral para dar aquella iglesia a los Padres jesuitas, reuniéronse en un teatro, desde donde se dirigieron en gran tumulto al palacio del ilustrísimo Sr. Aneiros, en donde cómo no encontrasen sino la servidumbre, comenzaron a destruir todo cuanto les vino a mano; de allí fueron a San Francisco, rompiendo los vidrios de todas las ventanas que estaban a su alcance; lo mismo hicieron con los Padres Dominicos; pasaron luego a la iglesia de San Ignacio, en donde cometieron muchos destrozos, y por último se presentaron en el Colegio de Padres Jesuitas, no sin ir provistos de petróleo y de toda clase de instrumentos de destrucción. La gritería infernal de aquella muchedumbre en un momento se confundió con el estruendo de millares de piedras que rompiendo vidrios y postigos se abrían paso por las ventanas de todo el frontis del Colegio. Pronto cedió la puerta principal a los repetidos golpes de aquellos desalmados, que invadieron la casa en medio del clamoreo más espantoso de muertas y de exterminio. Algunos Padres pudieron huir y ocultarse, otros llevaron sólo unos cuantos golpes y porrazos, y otros fueron dejados por muertos y bañados en su propia sangre. Los heridos de gravedad fueron el P. Miguel Cabeza, que recibió dos hachazos en la cabeza; el P. Vilardell, herido también en la cabeza, con otras contusiones en diversas partes del cuerpo; el P. Alejo Torres, con trece heridas, siete de ellas en la cabeza; el H^o Binimelis, al que dieron tales porrazos, que cayó sin sentido, y lo arrojaron a una hoguera, siendo salvado milagrosamente de las llamas, de donde le sacaron algunas personas caritativas. Recibieron heridas más o menos graves, pero no de peligro, los PP. Salvadó, Albi, Martorell, Balaguer, Bodé, el H^o Schorro, y algún otro.

Mientras unos cazaban Jesuitas, otros rompían cuanto encontraban, saqueaban los aposentos, profanaban y destrozaban las imágenes y demás objetos sagrados, llevando a una gran hoguera que encendieron en la calle cuánto se les antojaba, sin perdonar a Jesús sacramentado, cuyo sagrario rompieron y robaron, esparciendo por el suelo las sagradas Formas. Por remate de sus hazañas prendieron fuego al edificio por diferentes puntos, desapareciendo en pocas horas aquel hermoso y magnífico Colegio, uno de los monumentos que más honraban aquella capital. Cuando todo estaba consumado, acudió la tropa.

Los Padres fueron recogidos en diferentes casas, a donde han acudido a verles sin interrupción innumerables personas.

Tales actos de barbarie indignaron a la población decente, es decir, casi toda la ciudad, obrándose una gran reacción a favor de los Jesuitas.

Francia.- El día 29 de junio, fiesta de san Pedro, se colocará la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Montmartre. Todos los obispos de Francia serán convidados para esta solemnidad. El terreno que se ha comprado mide 12.450 metros de área y vale 700.000 francos.

- Con motivo del aniversario vigésimoquinto de la fundación del colegio e San José, que dirigen los Padres Jesuitas en Aviñon, se ha sabido que desde hace veinte años han repartido los alumnos de este famoso establecimiento a las familias pobres de la población, en bonos de pan y carne, por valor de 60.000 francos, sin contar los restos de la comida que se distribuyen siempre en una de las puertas del Colegio.

- La primera Sala del tribunal de Lyon acaba de fallar su sentencia en la causa de los jesuitas, cuya casa había sido saqueada por los francotiradores de la muerte. El mueblaje, la biblioteca, la colección de medallas, la capilla, la sacristía, los aposentos, todo fue destrozado; los manuscritos rasgados, los libros robados, la correspondencia hecha pedazos. Los peritos nombrados al efecto tasaron las pérdidas enanos 300.000 francos, y se entabló el proceso ante el tribunal civil.

La sentencia motivada ha condenado a la ciudad de Lyon y al Estado a pagar a los Padres Jesuitas la suma de 271.000 francos. El tribunal a más ha abonado a cada uno de los Padres que habían reclamado personalmente, otras cantidades que varían de 600 a 2.500 francos.

Inglaterra.- Se ha fundado la casa decimotercera de Hermanitas de los pobres en Inglaterra. Han llegado allí cinco de estas religiosas, y la primera mujer que han recogido cuenta ya 105 años.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de junio

Máxima

Aficionémonos al bien de las almas y aumento de la Iglesia, que el Señor aprecia más un alma que por nuestra industria y oración le ganáremos, que todos los servicios que le podemos hacer (Santa Teresa de Jesús)

Virtud

Oración especial para que convierta Jesucristo a las almas que más daño hacen a sus intereses.

Reflexiones

Es imposible servir a dos señores. Y todos, aún a veces sin pensarlo ni pretenderlo, favorecemos siempre a los intereses de Jesús o del príncipe de este mundo Lucifer, que son los dos únicos señores que dominan en las almas. Mas entre los servidores de Lucifer hay algunos que por su talento, su posición, su carácter, o por los medios de que disponen son como capitanes de una gran parte de las huestes enemigas de Jesucristo, y hacen grande estrago en su reino de amor santo. Deber es, pues, de todo fino amante y devoto de la gran Teresa de Jesús rogar por estos tales para que el Señor los convierta, y las armas que emplean para propagar el mal, las vuelvan a extender el conocimiento y amor de Jesucristo.- Los amantes de la Heroína española deben distinguirse en todas sus oraciones, peticiones, pensamientos y obras por el grandor de miras que tanto caracteriza a nuestra incomparable Santa.- No nos entretengamos en pedir remedio para males chicos, cuando tan grandes son los que nos cercan.- Más haremos para gloria de Dios y aumento de la Iglesia convirtiendo a uno de los jefes de la impiedad, a uno de los agentes más caracterizados de Lucifer, que convirtiendo a millares de la gente menuda, que son del vulgo.- En este mes consagrado al

Corazón de Jesús hemos de lograr grandes conversiones; con nuestras oraciones fervientes hemos de obligarle a renovar la paz de la tierra. ¿Cómo?- Cada uno en su ciudad, en su pueblo, en su patria, en el mundo, conoce algunos de esos capitanes y agentes activos de los intereses de Lucifer; pues hagamos todos especial oración para que se conviertan. Ganados los jefes, vencidas las cabezas, luego se rendirán todos los baluartes y todo el ejército de la impiedad.- Esto es lo que desea Jesús, esto pide y pedirá con nosotros Teresa de Jesús. Así lograremos mucho con poco trabajo.- Oremos, pues, por las almas que más dañan a los intereses de Jesús. Y ofrezcamos al buen Jesús en desagravio y para su recreo y consuelo el siguiente

Ramillote espiritual

Señor mío Jesucristo, todos los días de este mes propongo acudir a las puertas de tu misericordioso Corazón, y pedirte con tu enamorada esposa Teresa que conviertas a las almas que más daño hacen a nuestros sagrados intereses en este lugar donde yo vivo, en España, en Europa, en toda la cristiandad. Sí, Jesús de las almas, o conviértelas, o destruye sus infernales maquinaciones. Por ello te ofreceré todos los viernes una hora (o al menos un cuarto de hora de oración) clamando contigo pendiente de la cruz al Padre eterno: Padre, perdónalos y conviértelos, pues no saben lo que se hacen persiguiendo a tu hijo Jesús.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

La libertad de Pío IX, el triunfo de la Iglesia y la paz de España.- Tres enfermos.- Un asunto de gran gloria para Teresa de Jesús.- Dos fundaciones religiosas.- Las hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús.- La educación cristiana de la niñez.- La conversión de las almas que más dañan a los intereses de Jesús en cada localidad.- La santificación de las almas que más ansía Jesús y su Teresa.- Un matrimonio cristiano.- Dos vocaciones religiosas contrariadas.- Cumplimiento de los designios de Cristo sobre los devotos teresianos.- Gran fruto espiritual de los ejercicios para todas las jóvenes católicas.- Los católicos de Alemania, Suiza y Portugal.- Conversión de la protestante Inglaterra.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	Suma anterior	Rs.	3,342'60
Tortosa.- Por la joven católica más santa y por la menos fervorosa:			
	Teresa de Jesús, Madre mía, dales perfecto amor a tu Jesús		4
	PP. Carmelitas descalzos del S. D. de las P.: Por Pío IX		
	cautivo y pobre		120
	Un labrador: por el triunfo de la Iglesia y paz de España		4
	Suma	Rs.	3,470'60